

La ciudad y el medio ambiente en América Latina*

En capillas

Valentín Ibarra, Sergio Puente y Fernando Saavedra (compiladores)

Los problemas relativos al crecimiento de las ciudades y el deterioro del medio ambiente han dejado de ser simple inquietud académica, privativa de un reducido grupo de expertos, para convertirse en motivo de preocupación y reivindicación de amplios grupos sociales. Dos sucesos marcan el inicio de esta transición: la conferencia de Estocolmo sobre el Medio Ambiente en 1972 y la conferencia de Vancouver sobre Asentamientos Humanos, cuatro años más tarde. La primera alertó a la opinión internacional sobre los efectos negativos de un irrestricto desarrollo económico en el potencial reconstitutivo de los recursos renovables, sobre el agotamiento de los recursos no renovables y sobre las cada vez más inquietantes repercusiones de las alteraciones ecológicas en el hom-

bre. La segunda conferencia hizo lo mismo sobre los problemas de insuficiencia de servicios, de vivienda, de desempleo y subempleo, y de contaminación ambiental, producto del acelerado e incontrolado desarrollo urbano, caracterizado por una excesiva concentración de población y actividades económicas en una o pocas ciudades.

No obstante la conciencia social que se ha despertado y los esfuerzos realizados para enfrentar dichos problemas, es difícil afirmar que en el lapso transcurrido se hayan producido efectos que atenúen esta tendencia. Y ello es particularmente cierto para los países en desarrollo, en donde los problemas se han agudizado.

En el intento de una mejor comprensión de la causalidad de dichos problemas y de delinear medidas viables correctivas, los logros han sido igualmente insuficientes. Más bien, ha quedado manifiesta la extrema complejidad de los fenómenos involucrados. Complejidad que se ha incrementado al detectarse la

Reseña

Luis Weckmann

La herencia medieval de México

El Colegio de México, 1984, 2 volúmenes
Por Aurora Flores Olea*

Ya desde el descubrimiento de América, se planteó al hombre europeo el problema de la ubicación de los habitantes de este continente en el proceso de la historia. La

conquista y colonización impusieron, sin duda, la influencia dominante de la cultura europeo-occidental (en el sentido más amplio del término, es decir, cultura material y espiritual), en el Nuevo Mundo, y nuestra historia ha sido, en parte, la de la explicación de esta influencia dominante sobre una realidad intrínsecamente diferente a la europea, lo que, entre otros, implica un problema de aculturación.

El valor de la obra de Weckmann *La herencia medieval de México*, consiste en tratar exhaustivamente los ele-

mentos que pasaron a la Nueva España de la Europa medieval en general y de España en particular, desde el momento de la conquista hasta 1650 aproximadamente, sin dejar de señalar aquellas costumbres, fiestas y aun palabras todavía usadas en México, que tienen su origen en la Edad Media europea.

El autor plantea que sus propósitos son analizar los orígenes históricos de los elementos que pasaron a la Nueva España, así como explicar el proceso de selección de éstos, es decir, las cau-

necesidad de un mayor grado de convergencia entre el desarrollo urbano y la ecología, áreas de conocimiento abocadas a su estudio. En efecto, la agudización o manifestación de nuevos problemas, conjuntamente con el avance teórico para explicarlos, las han hecho converger paulatinamente, evidenciando su inherente interacción.

Como reconocimiento a la compleja vinculación de dichas áreas de conocimiento la Federación Internacional de Estudios Avanzados (IFIAS) promovió, por conducto del Instituto de Estudios sobre el Medio Ambiente de la Universidad de Toronto, un proyecto de investigación tendiente a la generación de conocimiento fundamental y aplicado a la relación del proceso de urbanización con el medio ambiente, denominado proyecto Ecoville.

Dicho proyecto se plantea como un nuevo componente del programa IFIAS titulado "Análisis de los cambios de la biosfera" (ACB), tendiente a desarrollar nuevas formas para entender la relación entre lo urbano y el medio ambiente, que permitan delinear programas realistas para mejorar las condiciones de vida

de la población y al mismo tiempo mantener el equilibrio ecológico.

Ya que se trata de un proyecto de investigación de cobertura internacional, en América Latina ha estado integrado en su primera fase por seis centros de investigación, abocados al estudio del impacto sobre el medio ambiente del crecimiento de las ciudades de Bogotá, Caracas, México, Quito, São Paulo y Santiago de Chile. A El Colegio de México le ha correspondido la coordinación de una primera etapa de este proyecto. He aquí los primeros resultados de las investigaciones respectivas. Cabe aclarar que el contenido de cada trabajo es responsabilidad exclusiva de sus autores. [...]

* Está por aparecer esta importante obra, que recoge trabajos sobre el deterioro medioambiental en seis ciudades latinoamericanas: Bogotá, México, Caracas, Quito, São Paulo y Santiago de Chile. Aquí presentamos fragmentos del prólogo (firmado por los compiladores) y del ensayo introductorio, debido a la pluma de Richard Sandbrook, del Instituto de Estudios sobre el Medio Ambiente de la Universidad de Toronto.

sas por las que algunos elementos pasaron y otros no, y finalmente, estudiar cómo ocurrió el proceso de adaptación de los mismos a una nueva realidad en la que adquirieron nuevos matices, lo que implica analizar la evolución que sufrieron. Así, este trabajo se refiere a un fenómeno de transmisión cultural, en el que ocurrieron cambios en las dos culturas en contacto, siendo mayores, en este caso, los del elemento receptor o dominado.

Para lograr estos objetivos, Weckmann divide su obra en cuatro partes —"Descubrimiento y Conquista", "La Iglesia", "El Estado y la economía", y "La sociedad, el derecho y la cultura"—, cada una de ellas subdividida en capítulos, con un total de cuarenta. En el conjunto de los temas tratados, en efecto, el autor sigue su planteamiento inicial. Así, nos explica claramente aquellos aspectos que al pasar a la Nueva España sufrieron la influencia indígena, como en los casos de sincretismo religioso, o en los de ciertas manifestaciones artísticas; también estudia las instituciones sociales y culturales que, al implantarse en la sociedad colonial, conservaron algunos rasgos del pasa-

do inmediato medieval pero que adquirieron nuevos matices como respuesta a las necesidades de la realidad novohispana, por ejemplo, la encomienda, la mesta y los gremios.

Weckmann también destaca los elementos de origen medieval que se transformaron, sobre todo, debido al afán centralizador de la corona española y que fueron fundamentalmente los de orden socioeconómico y jurídico-político, por lo que, aunque el autor no lo señala explícitamente, podemos deducir que para él la herencia medieval de México es más formal que estructural.

Hubo también ciertas instituciones que, al pasar a estas tierras, no sufrieron cambios sustantivos; por ejemplo, la universidad se implantó como una copia fiel de la salmantina, lo que se observa claramente en su organización y en el enfoque de su plan de estudios.

Un aspecto que destaca en el libro de Weckmann, es su presentación sobre la forma en que los españoles, con una visión del mundo aún medieval, comprendieron y explicaron todo lo referente al Nuevo Mundo, desde el aspecto geográfico hasta los diversos

rasgos de las distintas sociedades aborígenes. Esta confrontación hizo posible que se manifestaran, una vez más, las ideas medievales, por lo que la explicación de Weckmann es un aporte al campo de la historia de las ideas.

El autor afirma que "el hecho de que la civilización mexicana no sea lo mismo que la española se debe al alto grado de resistencia del criollo, del mestizo y sobre todo del aborígen americano" (p. 30), y añade que la aportación del indio es lo que ha creado el perfil de lo auténticamente mexicano y que dicha aportación es el más importante principio diferencial entre historia europea e historia colonial. No obstante, a mi juicio, la obra de Weckmann no fundamenta dicha afirmación, ya que nos deja la impresión de la pasividad del indio en la formación de la sociedad colonial, quedando su cultura dominada por la europea.

La elaboración de este libro implica un conocimiento profundo y amplio de la sociedad medieval, por un lado, y de la colonial novohispana por otro. Efectivamente, el autor se basó en un acervo bibliográfico de primer orden, en el que encontramos fuentes primarias, se-

Crisis urbana en el Tercer Mundo

Richard Sandbrook

Nuestro siglo es el siglo de la urbanización. En 1900, menos de 14% de la población mundial vivía en ciudades, pequeñas o grandes. Para el año 2000, esta proporción se habrá elevado más de 50%, la población urbana se habrá incrementado 14 veces y será de 3000 millones. Dos terceras partes de estos “urbanistas” vivirán en el Tercer Mundo.

Esta transición histórica está generando problemas monumentales. La naturaleza de este “desafío urbano” le parecerá conocida a quien quiera que haya vivido o visitado una gran ciudad del Tercer Mundo.

El desafío urbano

El problema fundamental lo constituye la falta de empleo productivo. El estancamiento rural y la concentración de la inversión pública y privada en uno o dos centros urbanos sustentan la migración masiva rural-urbana. De esta manera la fuerza de trabajo urbano aumenta anualmente de 5 a 10%, pero el patrón de industrialización, típicamente intensivo en capital, genera insuficientes trabajos para absorber al ejército de buscadores de empleo. Este exceso de oferta de mano de obra urbana limita el crecimiento de los salarios e incrementa el “sector informal”: la horda de peque-

cundarias y modernas, a las que hace referencia de manera constante; se trata, sin duda, del resultado de muchos años de investigación. En este sentido, nos ofrece una riquísima información.

Si bien algunos de los temas tratados por Weckmann en su trabajo han sido ya investigados de una manera especializada por diversos autores modernos, por ejemplo los que hacen referencia al lenguaje, al milenarismo, al arte, etc.; otro de los valores de este libro es que nos presenta una visión de conjunto de los elementos medievales que pasaron a nuestro país, por lo que también de forma implícita se señalan rutas de investigación.

Finalmente he de señalar que esta obra contribuye de manera importante a la explicación y revaloración de nuestro pasado colonial, y a la búsqueda de nuestra idiosincrasia ante la dicotomía cultural autóctona / cultura europeo-occidental. Ω

EL CORTESANO, Y DISCRETO, Politico y Moral, Principe de los Romances, Relox concertado para sabios, y disper- rador de ignorantes.

Compuestas por D. Gabriel Boca Angel.



* De la ENEP Acatlán.

ños artesanos y aprendices, comerciantes, pregoneros, prestadores de pequeños servicios, trabajadores eventuales y mendigos. El *desempleo* en las ciudades del Tercer Mundo rara vez excede 12%. Esta tasa no es más elevada porque quienes buscan empleo, ante la carencia de seguridad social, deben aceptar virtualmente cualquier fuente de ingreso a fin de subsistir. Esto genera un problema mucho mayor: el *subempleo*. Una persona subempleada es aquella cuyas horas de trabajo y/o productividad son demasiado bajas para producir un ingreso adecuado y seguro. Los subempleados y los desempleados en conjunto constituyen entre un tercio y la mitad de la fuerza de trabajo urbano en países como Brasil, Perú, la República Dominicana y Tanzania. Estas personas y sus familias son los pobres de las ciudades.

La pobreza urbana se caracteriza por sus viviendas y servicios inadecuados. La creciente demanda de vivienda alienta inexorablemente la especulación de las tierras, así como el incremento de las rentas y los precios de terrenos. De ahí que los pobres se vean arrastrados a las insalubres y deterioradas viviendas del interior de la ciudad y a los asentamientos ilegales periféricos. Un tercio o más de la población de las ciudades más grandes deben arreglárselas en estas áreas periféricas que a menudo son ilegales: *bidonvilles*, *favelas* o *tugurios*. Los barrios atestados, el ruido constante, las enfermedades, la deficiente nutrición y los interminables viajes de ida y regreso al trabajo minan la energía de los pobres de las ciudades, y reducen, en consecuencia, su productividad y expectativas.

La contaminación ambiental también es un riesgo común. La ciudad de México, São Paulo y Hong Kong se encuentran casi totalmente oscurecidas bajo un manto de *smog*. El extendido tráfico vehicular y la transferencia del Norte al Sur de tecnologías y plantas industriales contaminantes son las responsables. Sin embargo, a diferencia de los demás problemas, la contaminación ambiental es "democrática": las enfermedades respiratorias que van asociadas a ella reducen las probabilidades de vida de ricos y pobres por igual.

Raíces de la crisis urbana

Estos problemas surgen en el transcurso del desarrollo capitalista. Por supuesto, el capitalismo no fue "la causa" de la urbanización: en Latinoamérica y Asia, y en menor grado en Africa, las formas urbanas lo antecedieron. Antes de la penetración capitalista, la vida social y económica de las ciudades estaba orientada a funciones administrativas y religiosas y/o a las actividades económicas y al comercio precapitalista. Así ocurre

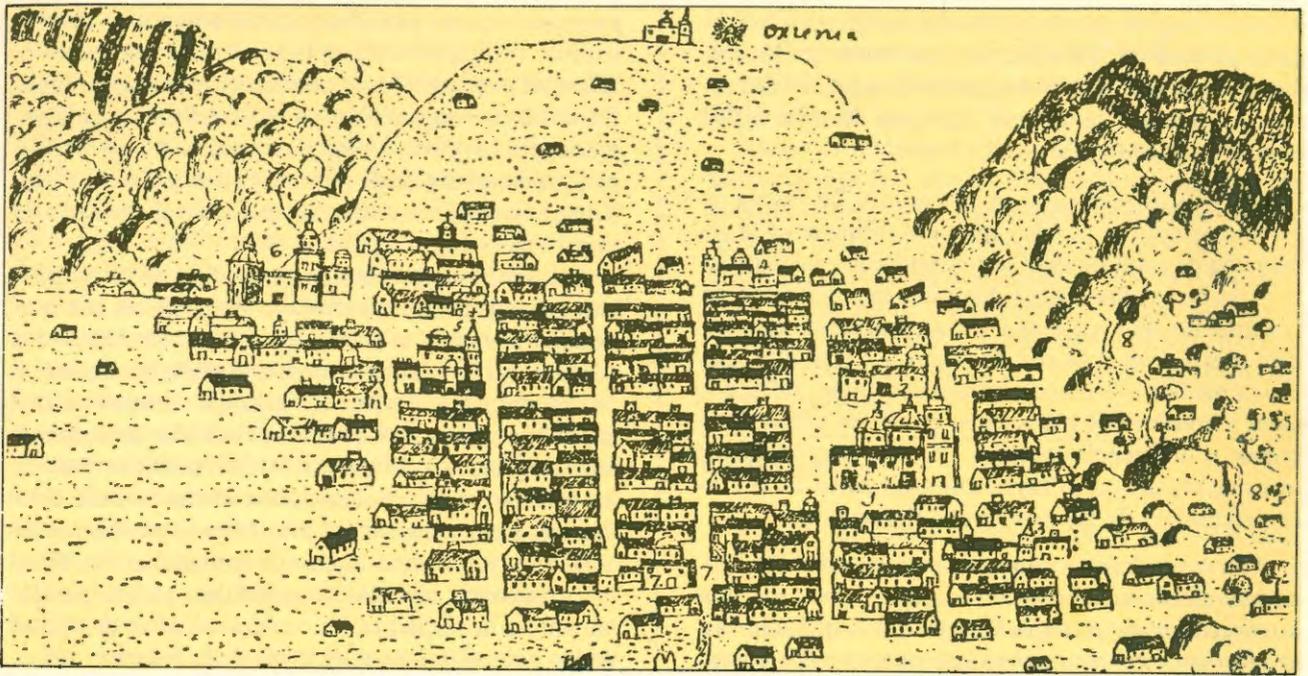
todavía en ciudades como Ibadán, Nigeria. Pero el capitalismo sí tuvo una influencia formativa en la mayoría de los patrones urbanos. En la medida en que su huella ha variado de un país a otro, también ha variado el patrón de urbanización y la intensidad del desafío urbano.

Se pueden distinguir de manera general tres niveles de desarrollo capitalista, unido al surgimiento de una división del trabajo más compleja dentro de la economía global. Cada uno implica nuevos problemas y oportunidades en el desarrollo urbano, pero los tres coexisten en el mundo en desarrollo actual e indican la diversidad tanto del "Tercer Mundo" como de la "ciudad del Tercer Mundo".

La dependencia clásica es la fase más simple en la división del trabajo global; surgió con la industrialización de Europa occidental. Éste era (y sigue siendo) el patrón con que las economías industrializadas o en proceso de industrialización proporcionan productos manufacturados a los territorios periféricos, a cambio de productos primarios: minerales y/o materias primas agrícolas o productos alimenticios.

La dependencia clásica tiene un impacto limitado en la urbanización, principalmente porque las oportunidades de trabajo asalariado eran en su mayoría rurales: plantaciones, granjas y minas. Aun el trabajo de la construcción, que se concentraba en vías férreas, carreteras y sistemas de irrigación, era en gran parte rural. La migración interna era, por lo tanto, del campo al campo y no del campo a la ciudad.

Sin embargo, las prioridades imperialistas a finales del siglo pasado y principios de éste influyeron en la ubicación y jerarquía de las ciudades. Se desarrolló una ciudad con primacía, que a menudo era el centro de la administración y de la economía comercial, orientada hacia la exportación. Los asentamientos urbanos restantes eran en su mayoría centros regionales de control y administración, y/o centros comerciales que conectaban a los productores de materias primas de las diversas regiones con las casas de exportación en el puerto principal. Los requerimientos de la dependencia clásica moldearon no sólo las funciones, sino también la ubicación de las áreas urbanas. Si la principal función económica de las ciudades era transmitir los productos primarios al puerto principal, y de ahí al mercado foráneo, resulta lógica la aparición de ciudades pequeñas en el cruce de vías férreas y en puertos naturales. El tamaño y la jerarquía de los asentamientos urbanos también estuvo condicionado por imperativos económicos y administrativos. Por una parte, los limitados papeles administrativos y comerciales de las pequeñas ciudades secundarias restringieron su tamaño; por la otra, la hipertrofia y primacía de la ciudad principal se han atribuido a la con-



centración de funciones durante la época colonial o semicolonial.

Dada la modesta urbanización que va asociada con la dependencia clásica, la crisis urbana normalmente no surge en esta fase. No obstante, hoy en día con excepción de los más pobres, todos los países en desarrollo con bajos ingresos, son abrumadoramente rurales y han sobrepasado este nivel. El desafío urbano aparece con una economía más compleja.

La industrialización incipiente hizo su entrada en una segunda fase de la evolución de la economía mundial. La industrialización, que se inició en los países latinoamericanos más avanzados a principios del siglo xx, se vio impulsada por el desajuste del comercio ocasionado por la gran depresión y la segunda guerra mundial. En otras partes del Tercer Mundo esta fase llegó después de la guerra. La industrialización no sólo llegó con atraso, sino que era difícil de alcanzar; el desarrollo fabril se extendió sólo (y en la mayoría de los casos aún se extiende) hacia determinado procesamiento local de materias primas y al montaje local o fabricación de bienes de consumo que antes se importaban. Sin embargo, se dio un cambio en la división internacional del trabajo. Las economías periféricas siguieron proporcionando mayoritariamente productos primarios al mercado mundial; las economías industriales, en cambio, proporcionaron menos manufacturas acabadas que en la fase previa y más capital y bienes intermedios, así como materias primas inexistentes en la localidad. La transferencia de tecnología fue y sigue siendo la forma predominante de dependencia en esta fase.

La industrialización incipiente modifica el patrón urbano asociado con la dependencia clásica. Aun cuando la jerarquía y la ubicación de los asentamientos urbanos permanece sin cambio, el ritmo de crecimiento urbano se acelera. La migración rural-urbana explota debido a la inversión, basada en las ciudades y las relativamente altas tasas del salario industrial, las cuales con frecuencia se combinan con una creciente desigualdad rural y la presión de la población sobre la tierra. El crecimiento urbano se concentra principalmente en una o dos ciudades, al grado de que en muchos países una sola zona metropolitana contiene 50 o 60% del total de la población urbana.

La lógica de la acumulación de capital apuntala esta hiperurbanización. La ciudad más grande, sobre todo si en ella se asienta el gobierno, ofrece a las grandes firmas considerables ventajas en cuanto a ubicación. Por regla general la infraestructura económica y social está muy desarrollada ahí. Existe una gran cantidad de trabajadores capacitados o semicapacitados, y están a la mano quienes poseen altos ingresos y consumen bienes producidos por firmas que sustituyen a los de importación, reduciendo así los costos de mercado de dichas firmas. Un atractivo más es la proximidad a la burocracia pública. Cuando el Estado desempeña un papel central en la vida económica, los gerentes de las grandes firmas están ansiosos de mantener contacto con quienes tienen puestos clave en la toma de decisiones gubernamentales. La consecuencia invariable de estas exigencias es el surgimiento de uno o dos polos principales de aglomeración urbana. Las ciudades mejor dotadas atraen

la industria y el comercio, lo que justifica un mayor gasto público en infraestructura, en tanto que las ciudades pequeñas, más pobremente dotadas, atraen escasa inversión y se atrasan aún más. Resulta difícil obviar esta tendencia.

La crisis urbana nace en este punto. La fuerza de trabajo urbano en rápida expansión sobrepasa a la generación de empleos en el sector moderno e incrementa la masa de subempleados. Simultáneamente se da un crecimiento de las clases y estratos urbanos que tienen intereses en el patrón de desarrollo existente. Las clases medias —técnicos, tecnoburócratas, profesionales y hombres de negocios— crecen en número, riqueza e influencia política. Y las corporaciones transnacionales constituyen una gran parte del aparato productivo de las metrópolis florecientes.

A la etapa más reciente de la evolución de la economía internacional se le llama a veces *nueva división internacional del trabajo*. Esta fase, a la que sólo han llegado unos cuantos países latinoamericanos y asiáticos, supone una “profundización” de la industrialización. El proceso tiene dos direcciones y puede tomar una o ambas. Una de ellas es el desarrollo de una economía industrial diversificada, que se orienta en gran medida hacia el mercado interno. Este tipo de economía produce no sólo la gama de bienes duraderos comunes en los países occidentales, sino también muchos de los productos intermedios y parte del equipo de capital que requiere el sector industrial. Alternativamente (o además) los *Newly Industrializing Countries* (NIC:

países de reciente industrialización) basan su industrialización principalmente en la penetración de los mercados de exportación de productos manufacturados. En tanto que algunos de los mayores países latinoamericanos —Brasil, México, Argentina y Colombia— se aproximan al primer patrón, Taiwán, Corea, Hong Kong y Singapur han sido los pivotes del mercado de exportación.

Los NIC pasan por una prolongación de las tendencias urbanas de la segunda fase. Estos países son predominantemente urbanos, o pronto lo serán. En realidad, sus ciudades se asemejan superficialmente a las occidentales. Existen los mismos sistemas de trenes subterráneos y vías rápidas atestadas de automóviles; los mismos suburbios de clases medias y altas; los mismos centros ciudadanos llenos de rascacielos, tiendas elegantes y conocidos anuncios de productos de consumo, y el mismo manto de contaminación. Pero las semejanzas son sólo superficiales, ya que paralelamente a la ciudad estilo occidental crece la ciudad de los pobres, y ésta es el envés de la primera. No es el mundo de bloques de departamentos, automóviles, vías rápidas y trabajos bien pagados, sino el mundo de las casuchas, bicicletas, calles siempre sucias y trabajo duro pero improductivo. No obstante, las vías de desarrollo que producen el primer mundo también producen el segundo. Sólo en los NIC como Corea del Sur y Taiwán, donde una revolución agrícola acompaña la industrialización, el crecimiento capitalista parece ser capaz de absorber la fuerza de trabajo en actividades productivas.

Intramuros

Berta Ulloa, directora del Centro de Estudios Históricos de El Colegio, fue nombrada por el gobierno francés Chevalier de la orden de las Palmas Académiques por sus servicios prestados a la cultura francesa. Felicitamos calurosamente a la profesora Ulloa por esta merecida condecoración.

El 12 de noviembre se entregó, en el auditorio “General Juan Manuel Torrea” de la Academia Nacional de Historia y Geografía, la presea Sor Juana Inés de la Cruz 1986 a Elías Trabulse. Esta distinción le fue otorgada al profesor Trabulse por la Sociedad Cultural Sor Juana Inés de la Cruz A.C., premiando sus trabajos sobre la gran poetisa, entre los cuales destaca el libro *Ciencia y religión en el siglo xvii*, publicado por El Colegio de México en 1974.

El gobernador demócrata por el estado de Arizona, Bruce Babbitt, pronunció el 18 de noviembre en la Sala Alfonso Reyes de El Colegio una conferencia en la que abordó una serie de problemas comunes a México y los Estados Unidos, como la deuda externa, el conflicto en Centroamérica, el narcotráfico y la inmigración. Una interesante ronda de preguntas siguió a la plática del distinguido invitado, a quien acompañaron en el presidium Mario Ojeda, Blanca Torres y Gerardo Bueno.

Patrones de respuestas políticas

Hasta ahora no es mucho lo que se ha dicho con respecto al factor político. Parece ser que el cambio económico, ligado a los procesos globales, conforma espontáneamente la condición urbana en el Tercer Mundo. Esta supersimplificación contiene un elemento de verdad; es insólito que los gobiernos alteren significativamente las tendencias delineadas más arriba. Lo que necesitan los países pobres es una mayor confianza de la nación en sí misma, un crecimiento equilibrado rural-urbano (que a menudo requeriría de una reforma agraria), una industrialización aparejada a las necesidades básicas de las masas y una mayor igualdad en la distribución del ingreso. Lo que la mayoría de ellos obtiene es justamente lo opuesto, ya que los patrones económicos existentes se acomodan a los intereses de las estructuras de poder nacionales e internacionales.

Sin embargo, la política pública en algunos países ha respondido al desafío urbano. No obstante, esta respuesta no es efectiva si las reformas urbanas se adoptan aisladamente. El tipo de problemas urbanos más importantes, como el empleo insuficientemente productivo y las viviendas y servicios inadecuados son insolubles, a menos que sean atacados desde una perspectiva nacional. Tómese como ejemplo la bien documentada paradoja según la cual una política para generar empleos urbanos en ausencia de un programa más amplio para atacar la pobreza rural, sólo aumen-

tará el subempleo urbano al estimular tasas más altas de migración rural-urbana. La lección es obvia; el desarrollo urbano debe verse como un aspecto integral del desarrollo *nacional*.

Varias estrategias de desarrollo nacional tratan de estructurar la relación entre ciudad y campo en formas diferentes, ya sea explícitamente (en planes de desarrollo) o bien implícitamente. La variedad de estas estrategias puede agruparse dentro de tres orientaciones del desarrollo: modernización conservadora, capitalismo reformista y colectivismo revolucionario. Esta tipología pone de relieve la diversidad de las respuestas políticas. [...]

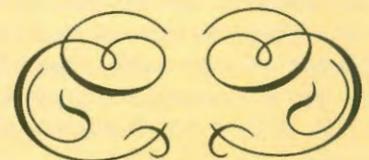
Conclusiones

El cambio económico que brota de las cambiantes oportunidades que impone la economía global, modela el patrón de urbanización y la naturaleza de los problemas urbanos. Pero este argumento no es económico-determinista. Las fuerzas económicas no actúan espontáneamente o sin mediación alguna sobre las áreas urbanas, sino que el Estado, unido en formas complejas a la sociedad y a los intereses foráneos, promueve estrategias de desarrollo que refuerzan, apartan o neutralizan el choque de un capitalismo global en desarrollo. Los habitantes urbanos no son las víctimas pasivas de fuerzas objetivas; las acciones y la política de los gobernantes y de los movimientos sociales desempeñan un papel determinante específico. Ω

El 19 de noviembre se llevó a cabo la ceremonia de entrega del áccesit de plata del premio CREI de Informática 1985, que obtuvo la Unidad de Cómputo de El Colegio. Rosa María Rubalcava (directora de la Unidad de Cómputo), Antonio Ayestarán (director del Centro Regional de la Oficina Intergubernamental para la Informática) y Mario Ojeda (presidente de El Colegio de México) pronunciaron sendos discursos celebratorios.

El jueves 4 de diciembre se entregaron en el Centro Condomex de Estudios de Historia de México los premios 1985 al mejor artículo y a la mejor reseña de historia patria publicados en revistas especializadas, que otorga el Comité Mexicano de Ciencias Históricas. En esta ocasión, las galardonadas fueron Alicia Hernández Chávez, por su artículo "Militares y negocios en la Revolución mexicana", publicado en *Historia mexicana*, vol. xxxiv,

núm. 2 (oct.-dic. de 1984), y Romana Falcón, por su reseña "Las revoluciones mexicanas de 1910", publicada en *Estudios mexicanos*, vol. 1, núm. 2 (verano de 1985).



El crimen de Silvestre Bonnard

Anatole France

Durante el almuerzo, *Lusance, 9 de agosto* tuve más de una ocasión de apreciar la charla de la señora De Gabry, quien me hizo saber que en el castillo se aparecían fantasmas y especialmente la Dama “de las tres arrugas en la espalda”, envenenadora en vida y en lo sucesivo alma en pena. No podría decir cuánta gracia y vida supo darle a esta vieja historia de nodriza. Tomamos el café en la terraza cuyos balaústres, abrazados y separados de su barandal de piedra por una vigorosa hiedra, permanecían prendidos entre los nudos de la planta lasciva, en la actitud apasionada de las mujeres tesalias en brazos de los centauros raptos.

El castillo, en forma de carro de cuatro ruedas, flanqueado por una torrecilla en cada ángulo, había perdido toda particularidad a consecuencia de sucesivas modificaciones. Era un amplio y estimable caserón, nada más. No me pareció que hubiera sufrido notables estragos durante el abandono de treinta y dos años, pero cuando entré al salón principal de la planta baja, vi los pisos abombados, las cenefas podridas, los revestimientos de madera agrietados, la pintura de los entrepaños ennegrecida y desprendida en tres cuartas partes de su bastidor. Un castaño que había levantado las tablas del entarimado creció allí y dirigía hacia la ventana sin vidrios los penachos de sus grandes hojas.

No vi ese espectáculo sin inquietud, pensando que la rica biblioteca de Honorato de Gabry, instalada en una habitación cercana, estaba expuesta desde hacía tanto tiempo a deletéreas influencias. Sin embargo, al contemplar el joven castaño del salón, no pude dejar de admirar el magnífico vigor de la naturaleza y la irresistible fuerza que impulsa a todo germen a desarrollarse en la vida. En cambio, me entristecía pensar que el esfuerzo que hacemos

nosotros los sabios para retener y conservar las cosas muertas, es un penoso y vano esfuerzo. Todo lo que ha vivido es el alimento necesario de las nuevas existencias. El árabe que se construye una casucha con los mármoles de los templos de Palmira es más filósofo que todos los conservadores de los museos de Londres, París y Munich.

Alabado sea Dios! *Lusance, 11 de agosto* La biblioteca, situada en el levante, no sufrió daños irreparables. Excepto la pesada hilera de los viejos “Usos y costumbres” en folio, que los lirones atravesaron de lado a lado, los libros están intactos en sus armarios enrejados. Pasé todo el día clasificando manuscritos. El sol entraba por las altas ventanas sin cortinas y a través de mis lecturas, a veces muy interesantes, oía los entorpecidos abejorros chocar pesadamente contra los vidrios, los revestimientos de madera crujir y las moscas, ebrias de luz y de calor, zumbaban con las alas en círculo sobre mi cabeza. Hacia las tres su zumbido fue tal que levanté la cara apartando la vista de un documento harto precioso sobre la historia de Melún en el siglo XVIII, y me puse a observar el movimiento concéntrico de esos bichos o “bichejos”, como dice La Fontaine. Hube de confirmar que el calor actúa sobre las alas de una mosca de manera muy distinta que sobre el cerebro de un archivista paleógrafo, pues experimentaba yo gran dificultad para pensar y un torpor harto agradable del cual sólo salí mediante un esfuerzo violento. La campana, que anunció la hora de la cena, me sorprendió en mitad de mis faenas y tuve que arreglarme a toda prisa para aparecer decentemente ante la señora De Gabry.

El crimen de Silvestre Bonnard fue la primera novela que, en 1881, dio fama a Anatole France. France conquistaría más tarde nuevos éxitos, que le harían acreedor del Premio Nobel de literatura en 1921, pero quizá El crimen de Silvestre Bonnard sea una de las novelas que mejor ilustran la fina ironía y el incurable escepticismo de su autor.

Esta obra clásica fue traducida por Rosa Ana Domínguez quien fue alumna del ciclo 84-86 del Programa para la Formación de Traductores de El Colegio. Con este trabajo, se hizo acreedora del premio Alfonso X para la traducción literaria 1986, que otorga año con año el Instituto Nacional de Bellas Artes.

Presentamos aquí un fragmento de esta deliciosa novela, que esperamos ver publicada pronto en forma de libro.

La comida, copiosamente servida, se prolongó más de lo previsto. Poseo un talento de degustación que quizá esté por encima de lo mediocre. Mi anfitrión, que advirtió mis conocimientos, me apreció lo bastante para descorchar en mi honor cierta botella de Château-Margaux. Bebí con respeto ese vino de gran linaje y noble virtud, cuyo fuego y buqué no pueden ser suficientemente alabados. Este ardiente rocío se esparció por mis venas y me animó con un fervor juvenil. Sentado en la terraza junto a la señora De Gabry, en el crepúsculo que bañaba de misterio las formas aumentadas de los árboles, tuve el placer de expresar mis impresiones a mi ingeniosa anfitriona con una vivacidad y una abundancia del todo notables en un hombre desprovisto, como yo, de toda imaginación. Le describí espontáneamente y sin valerme de ningún texto antiguo, la dulce tristeza de la noche y la belleza de esta tierra natal que nos alimentó no sólo de pan y de vino, sino también de ideas, de sentimientos y de creencias, y que nos recibirá a todos en su seno materno, como a pequeños hijos fatigados de un largo día.

—Señor —me dijo esta amable dama—, ve usted esas viejas torres, esos árboles, ese cielo, ¿de qué manera tan natural salieron los personajes de los cuentos y las canciones populares de todo eso! Allí tenemos el sendero por el que Caperucita Roja fue al bosque a recoger avellanas. Ese cielo cambiante y siempre semicubierto fue surcado por los carros de las hadas, y la torre del norte pudo ocultar antaño bajo su puntiagudo techo a la vieja hilandera cuya rueca picó a la Bella Durmiente del Bosque.

Yo seguía pensando en esas graciosas palabras, mientras don Pablo, a través de las bocanadas de un embriagador cigarro puro, me refería no sé qué proceso intentado por él en el municipio a propósito de una toma de agua. La señora De Gabry, al sentir el fresco de la noche, tiritó bajo su chal y nos dejó

para dirigirse a su alcoba. Decidí entonces, en vez de subir a la mía, regresar a la biblioteca para continuar el examen de los manuscritos. A pesar de la oposición de don Pablo, quien quería que me fuera a acostar, entré en lo que llamaré en lenguaje antiguo “la librería”, y me puse a trabajar, a la luz de la lámpara.

Tras haber leído quince páginas, evidentemente escritas por un escribano ignorante y distraído, pues me costó algún trabajo captar su sentido, metí la mano en el bolsillo abierto de mi levita para sacar mi tabaquera, pero ese movimiento tan natural y casi instintivo me costó un poco de esfuerzo y fatiga; no obstante abrí la caja de plata y saqué algunos granos del oloroso polvo que se derramaron a lo largo de la pechera de mi camisa, bajo mi nariz frustrada. Estoy cierto de que mi nariz expresó su decepción, pues es harto expresiva. Varias veces ha traicionado mis más íntimos pensamientos y particularmente en la biblioteca pública de Coutances, donde en las barbas de mi colega Brioux, descubrí el cartulario de Nuestra Señora de los Ángeles.

¡Cuál no sería mi contento! Mis ojos, pequeños y sin brillo bajo sus gafas, no dejaron ver nada de él, pero con sólo mirar mi nariz de zapatilla que se estremecía de gozo, Brioux adivinó que yo había hecho un hallazgo. Se fijó en el volumen que tenía, observó el sitio donde lo puse al abandonar el lugar, lo fue a tomar pisándome los talones, lo copió a escondidas y lo publicó de prisa para hacerme una mala jugada pero, creyendo ofenderme, se ofendió a sí mismo. Su edición abunda en faltas, y tuve la satisfacción de señalar algunas buenas metidas de pata.

Para regresar al punto donde estaba, supuse que una pesada somnolencia abrumaba mi ánimo. Tenía ante mis ojos un título de venta cuyo interés todos

podrán apreciar cuando haya dicho que en él se hace mención de una conejera vendida a Johán de Estourville, sacerdote, en 1212. Sin embargo, aunque apreciara en ese momento toda su importancia no le consagré la atención que semejante documento exigía imperiosamente. Mis ojos, hiciera lo que hiciera, se volvían hacia un lado de la mesa que no presentaba ningún objeto importante desde el punto de vista de la erudición. No había en ese lugar más que un volumen alemán bastante grande, encuadrado en tafilete, con clavos de cobre en las tapas y gruesos nervios en el lomo. Era un hermoso ejemplar de esta compilación recomendable sólo por los grabados de madera que la adornan, y que es tan conocida bajo el nombre de Crónica de Nuremberg. El volumen, cuyas tapas estaban ligeramente entreabiertas, descansaba sobre su canto.

No podría decir cuanto tiempo hacía que mi mirada estaba fija sin motivo en ese viejo infolio, cuando fue cautivada por un espectáculo tan extraordinario que debía dejar vivamente impresionado hasta a un hombre totalmente desprovisto de imaginación, como yo.

De pronto, sin haber advertido su llegada, vi una personita sentada sobre el lomo del libro, con una rodilla doblada y una pierna colgando, casi en la actitud que adoptan en su caballo las amazonas de Hyde Park o del Bois de Boulogne. Era tan pequeña que el pie que balanceaba no llegaba hasta la mesa sobre la cual se extendía serpenteando la cola de su vestido, pero su rostro y sus formas eran las de una mujer adulta. La amplitud de su blusa y la curva de su talle no dejaban duda alguna al respecto, hasta para un sabio viejo como yo. Sin temor a equivocarme añadiré que era asaz hermosa y de semblante altivo, pues mis estudios iconográficos me han acostumbrado de muy antiguo a reconocer la pureza de un tipo y el carácter de una fisonomía. El rostro de esta dama, tan inopinadamente sentada en el lomo de una Crónica de Nuremberg, respiraba una nobleza mezclada con picardía. Parecía una reina, pero una reina caprichosa; y tan sólo por la expresión de su mirada, me figuré que en alguna parte ejercía una gran autoridad con mucha fantasía. Su boca era imperiosa e irónica y sus ojos azules reían de manera inquietante bajo unas cejas negras, cuyo arco era perfecto. Siempre he oído decir que las cejas negras sientan bien a las rubias, y esta dama era rubia. En suma, la impresión que daba era de grandeza.

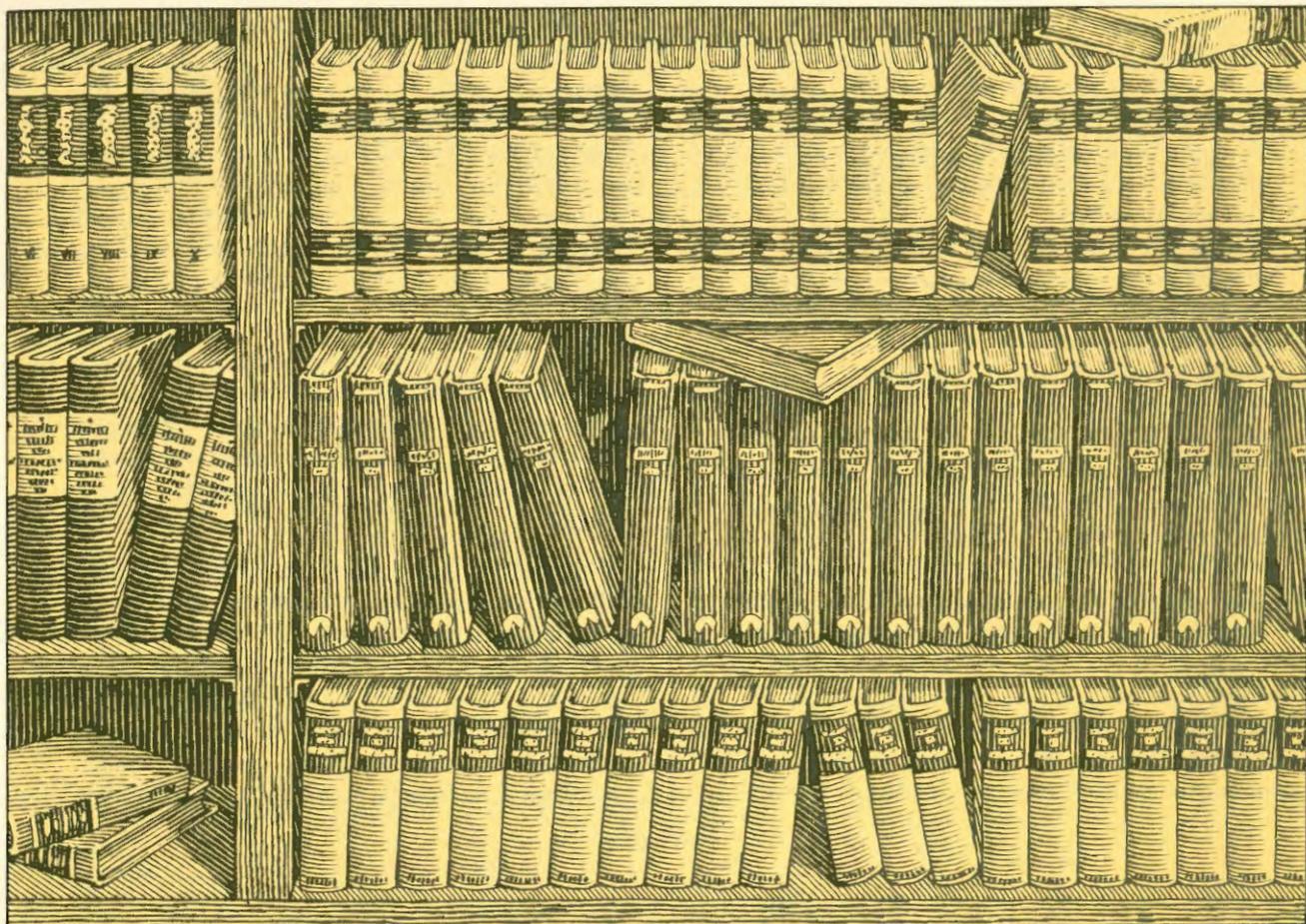
Puede parecer extraño que una persona del tamaño de una botella y que habría desaparecido en el bolsillo de mi levita, si no hubiera sido irreverente meterla, diera precisamente idea de grandeza, pero

en las proporciones de la dama sentada en la Crónica de Nuremberg había una esbeltez tan altiva, una armonía tan majestuosa, mantenía una actitud a la vez tan natural y tan noble que me pareció grande. Aunque mi tintero, al que observaba con una atención burlona como si hubiera podido leer de antemano todas las palabras que de él debían salir en la punta de mi pluma, fuera para ella un profundo estanque donde habría ennegrecido hasta la jarretera sus medias de seda rosa con puntas doradas, ella era grande, os digo, e imponente en su jovialidad.

Su traje, adecuado a su fisonomía, era de extrema magnificencia; consistía en un vestido de brocado de oro y plata y en un manto de terciopelo nacarado, forrado de petigrís. El tocado era una especie de capirote de dos cuernos, que perlas de un hermoso oriente hacían claro y luminoso como la media luna. Su pequeña mano blanca sostenía una varita que atrajo mi atención de manera muy eficaz considerando que mis estudios arqueológicos me han preparado a reconocer con alguna certeza los distintivos mediante los cuales se diferencian las personas notables de la leyenda y de la historia. Este conocimiento me fue útil en esta ocasión. Examiné la varita y conocí que había sido tallada en una menuda rama de avellano. Es una varita de hada, me dije; por consiguiente quien la sostiene es un hada.

Feliz de conocer a la persona con quien tenía que tratar, intenté poner en orden mis ideas para dirigirle un cumplido respetuoso. Habría experimentado alguna satisfacción, lo confieso, al hablarle doctamente del papel de sus iguales, tanto en las razas sajona y germánica, como en el Occidente latino. Tal disertación era a mi juicio una manera ígnea de agradecerle a esta dama el haberse aparecido a un viejo erudito, contrariamente a la invariable costumbre de sus semejantes que sólo se muestran a los niños ingenuos y a los aldeanos incultos.

No por ser hada se es menos mujer, me decía yo, y dado que madame Récamier, según oí decir a J.J. Ampère, estimaba en algo la impresión que producía su belleza en los humildes deshollinadores, la dama sobrenatural que está sentada sobre la Crónica de Nuremberg se sentirá sin duda halagada de oír a un erudito tratarla doctamente como medalla, fíbula, sello o ficha. Pero esta empresa, que tanto costaba a mi timidez, se me hizo verdaderamente imposible cuando vi que la dama de la Crónica de Nuremberg sacaba rápidamente de un bolso de pasador que llevaba al lado las avellanas más pequeñas que jamás había visto; quebraba las cáscaras entre sus dientes y me las echaba a la nariz, mientras comía la almendra con la gravedad de un niño que mama.



En semejante coyuntura, hice lo que exigía la dignidad de la ciencia: me callé. Sin embargo, dado que las cáscaras me habían provocado un penoso cosquilleo, llevé la mano a mi nariz y confirmé entonces, para mi gran sorpresa, que los anteojos cabalgaban sobre la extremidad de aquélla y que veía a la dama no a través, sino por encima de los cristales, cosa incomprensible, ya que mis ojos, gastados en los viejos textos, no distinguen sin antiparras un melón de una garrafa, colocados ambos ante mis narices.

Esa nariz, notable por su coloración, su masa y su forma, atrajo legítimamente la atracción del hada, pues cogió mi pluma de ganso, que se elevaba como penacho por encima del tintero, y paseó por mi nariz las barbas de esta pluma. A veces, estando en compañía, tuve ocasión de prestarme a las travesuras inocentes de las jóvenes damiselas que, al asociarme a sus juegos, me ofrecían su mejilla para besarla a través del respaldo de su silla, o me invitaban a apagar una vela que de pronto levantaban dejándola fuera del alcance de mi soplo; pero hasta entonces ninguna persona del sexo opuesto me había sometido a caprichos tan familiares como hacerme

cosquillas en las aletas de la nariz con las barbas de mi propia pluma. Por suerte recordé una máxima de mi difunto abuelo, quien acostumbraba decir que todo está permitido a las damas y que todo lo que viene de ellas es gracia y favor. Recibí entonces como favor y gracia las cáscaras de las avellanas y las barbas de la pluma, y traté de sonreír ¡Más aún!, tomé la palabra:

—Señora —dije con cortesía y dignidad—, otorga usted el honor de su visita no a un mocoso o a un patán, sino a un bibliotecario lo bastante feliz para conocerla y que sabe que en otros tiempos enmarañaba usted las crines de la yegua en los pesebres, bebía la leche en los cuencos espumosos, deslizaba polvos de picapica en la espalda de las abuelas, hacía chisporrotear el hogar en las narices de la buena gente y, para decirlo todo, metía el desorden y la alegría en la casa. Puede usted vanagloriarse, además, de haberle pegado los sustos más grandes del mundo, por la noche, en los bosques, a las parejas que se retrasaban, pero la creía desaparecida para siempre por lo menos desde hace tres siglos ¿Es posible, señora, que se la vea en esta época de ferrocarriles y de telégrafos? Mi ama de

llaves, que en sus tiempos fue nodriza, no sabe vuestra historia, y mi vecinito, a quien su niñera todavía corrige, afirma que usted no existe.

—¿Qué dice? —exclamó con voz argentina, plantándose altivamente en su pequeña estatura real y fustigando como a un hipogrifo el lomo de la Crónica de Nuremberg.

—No sé —le respondí frotándome los ojos.

Esta respuesta, impregnada de un escepticismo profundamente científico, causó en mi interlocutora el más deplorable efecto.

—Señor Silvestre Bonnard —me dijo—, no es usted más que un pedante. Siempre lo sospeché. El más humilde de los chiquillos que van por los caminos con un faldón de camisa asomando por la abertura de su pantalón corto me conoce mejor que toda la gente de anteojos de sus institutos y sus academias. Saber no es nada, imaginar es todo. Sólo existe lo que uno imagina. Yo soy imaginaria ¡Eso es existir, me parece! La gente me sueña ¡y aparezco! Todo es sueño y, puesto que nadie sueña con usted Silvestre Bonnard, es usted quien no existe. Yo encanto al mundo; estoy en todas partes, en un rayo de luna, en el estremecimiento de una fuente escondida, en el follaje moviente que canta, en los blancos vapores

que suben cada mañana de lo más profundo de las praderas, en medio de los rosados brezales, ¡en todas partes!... La gente me ve y me ama. Suspira, se estremece sobre la huella ligera de mis pasos que hacen cantar a la hoja muerta. Hago sonreír a los pequeños, doy ingenio a las nodrizas más groseras. Inclínada sobre las cunas hago diabluras, consuelo, duermo, ¡y duda usted que existo! Silvestre Bonnard, su caliente abrigo acolchado cubre la piel de un asno.

Se calló; la indignación dilataba las finas aletas de su nariz y, mientras yo admiraba, a pesar de mi resentimiento, la cólera heroica de esta personita, paseó mi pluma por el tintero, como un remo por un lago, y me la lanzó a la nariz con la punta por delante.

Me froté el rostro que sentí todo mojado de tinta. Ella había desaparecido. Mi lámpara se había apagado; un rayo de luna atravesaba el vidrio y descendía sobre la Crónica de Nuremberg. Un viento fresco que había subido sin que me diera cuenta, hacía volar plumas, papeles y lacres. Mi mesa estaba toda manchada de tinta. Había dejado la ventana entreabierta durante la tormenta ¡Qué imprudencia! Ω

Acuse de recibo



Recibimos el más reciente número de *World Literature Today* correspondiente al otoño de 1986 y dedicado casi íntegramente a celebrar la obra del escritor suizo Max Frisch, a quien un jurado internacional adjudicó este año el Premio Internacional Neustadt de literatura. Esta distinción bianual, subvencionada por la familia Neustadt de Oklahoma, está dotada con 25 mil dólares y se otorga a poetas, novelistas o autores dramáticos, premiando la trayectoria de toda una vida o distinguiendo un importante cuerpo de trabajos que

aún esté en desarrollo. *World Literature Today* es patrocinada por la Universidad de Oklahoma y cumplió en 1986 sesenta años de difundir la literatura y la crítica literaria de los cinco continentes.

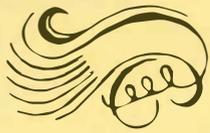


Dirigida y editada por Javier Lenti, acaba de llegarnos de España la primera entrega de *Asimetría*, una excelente revista dedicada a la creación poética y en la que “la nómina de autores por cada número será tan reducida como sea necesario para brindar de cada poeta una muestra a la vez extensa y representativa”. En este número aparecen obras de Samuel Beckett, Joan Brossa, Luisa Futuransky, Juan Antonio Masoliver, Christo-

pher Smart y otros, así como una separata que reproduce un largo poema (“El Paseo Ahumada”), de Enrique Lihn. Suscripciones a: *Asimetría*, Virgen de la Salud 78, 08024, Barcelona, España.



Aleph. Cuaderno cultural del Museo-Biblioteca Pape se publica trimestralmente en Monclova, Coahuila y llegó a su número 8 en julio-septiembre de 1986. Entre los materiales publicados en esta entrega destacan el drama en tres cuadros “Aullido” de Reynol Pérez y el poema “Texolo” de Ricardo Yáñez. Toda correspondencia deberá enviarse a *Aleph*, Apartado postal 244, Monclova, Coahuila.



Libros y revistas publicados por El Colegio de México durante el segundo semestre de 1986



CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Varios
Historia general de México, tomos 1 y 2 (2a. ed.)
Historia mexicana 136, 137, 138, 139, 140
Bibliografía histórica mexicana 1984

CENTRO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS Y LITERARIOS

Luis Fernando Lara (coord.)
Diccionario básico del español de México
Mercedes Díaz Roig
Estudios y notas sobre el Romancero
Teresa Aveleyra
De Edipo al Niño divino. Algo sobre "el difícil diálogo entre literatura y psicoanálisis"

Varios
Cancionero folklórico de México, tomos 1, 2, 3, 4 (reimp.)
Nueva revista de filología hispánica, vol. 33, núm. 2; vol. 34, núm. 1

CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

Gabriel Székely (comp.)
México-Estados Unidos 1985
Blanca Torres (comp.)
Descentralización y democracia en México
Humberto Garza (comp.)
Fundamentos y prioridades de la política exterior de México
Foro internacional 105, 106

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

Estudios de Asia y África 68, 69
CENTRO DE ESTUDIOS ECONÓMICOS
Angus Maddison
Las fases del desarrollo capitalista (Coed. con el ICI)
Estudios económicos 2

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLOGICOS

Francisco Zapata (comp.)
Clases sociales y acción obrera en Chile
Jorge Padua y Alain Vanneph (comps.)
Poder local y poder regional (Coed. con el Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos)
Estudios sociológicos 10, 11

PISPAL

Varios
Problemas metodológicos en la investigación sociodemográfica
Daniel Rodríguez y Ricardo Yocelevzky
Política y población en América Latina
Pedro Pérez
La población y el estudio de lo urbano-regional en América Latina
Varios
...Se fue a volver. Seminario sobre migraciones temporales en América Latina (Coed. con CIUDAD/Centro de Estudios de Población)

CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS Y DE DESARROLLO URBANO

Sergio Puente (comp.)
La ciudad y el medio ambiente en América Latina. Seis estudios de caso
Estudios demográficos y urbanos 2

PROGRAMA DE ESTUDIOS ENERGÉTICOS

Angelina Alonso y Carlos R. López
El sindicato de trabajadores petroleros y sus relaciones con Pemex y el Estado. 1970-1985
Michele Snoeck
La industria petroquímica básica en México. 1970-1982

PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO DE ESTUDIOS DE LA MUJER

Directorio de investigadoras sociales y programas de estudio e investigación sobre la mujer en América Latina y el Caribe (Coed. con UNESCO)

INVESTIGADORES ASOCIADOS

Máximo Halty
Estrategias para el desarrollo tecnológico de países en desarrollo

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

Boletín editorial 8, 9, 10

Un tema añejo siempre actual: el centro y las regiones en la historia mexicana

Lorenzo Meyer

El pasado lejano

La conquista de México mostró que las relaciones entre el centro político del imperio mexicano y las regiones estaban plagadas de tensiones, que los conquistadores explotaron como virtuosos en beneficio de su gran proyecto. En realidad, uno de los temas que recorre de esa manera ininterrumpida la historia política del México colonial, es la tensión entre la voluntad centralista de las autoridades en Madrid y la ciudad de México y los esfuerzos igualmente sistemáticos de los intereses locales —españoles, criollos e indígenas— por mantener y aumentar el margen de su autonomía. En esta especie de guerra no declarada —pero nunca concluida— entre centro y región, las grandes distancias y lo abrupto de la geografía jugaron en favor de los intereses locales, lo mismo que la debilidad relativa de la Corona, siempre necesitada de recursos y con un ejército escaso. Por lo demás, el choque constante entre los grupos, clases y razas locales, así como la legitimidad de la Corona frente a todas las otras formas de autoridad, favorecieron el interés del centro.

Las reformas borbónicas del siglo XVIII representaron, en cierto sentido, un avance sustantivo, casi un triunfo, del centro sobre la periferia, aunque la redistribución de poder —que buscaba extraer más recursos de la Nueva España para las empresas políticas de la metrópoli— tuvo sus costos: grupos muy poderosos (comerciantes, terratenientes e Iglesia) se sintieron injustamente afectados por la Corona. Esta concentración del poder en manos de las autoridades centrales del Estado español tuvo un final muy abrupto con la declaración de la independencia de México en 1821. El relativo consenso que se había logrado entre las clases dirigentes a raíz de la lucha contra la rebelión social iniciada por Hidalgo empezó a desmoronarse. Una de las manifestaciones de la pérdida de cohesión del sistema político de la recién formada nación mexicana, fue la tendencia al regionalismo y a la abierta contradicción entre el centro y la periferia. La más dramática de estas primeras manifestaciones de regio-

nalismo agudo fue la separación de las provincias de América Central a la caída del imperio de Iturbide.

Una vez proclamada la República sólo el gobierno de Guadalupe Victoria, apoyándose en los empréstitos británicos, pudo mantener una semblanza de orden y unidad. Inmediatamente después estalló abiertamente la disputa entre la élite por imponer las reglas básicas de una nación que apenas existía en la forma. Esta disputa tuvo múltiples ángulos, pero uno de los más salientes fue el conflicto entre los intereses locales y un centro muy débil, casi sin recursos económicos y con una inestabilidad crónica, cuyo mejor indicador es que entre 1829 y 1876 hubo 36 personas que ocuparon el cargo de presidente. Visto desde el centro, el Estado nacional fue un mero embrión, un proyecto, durante el medio siglo que siguió a la independencia.

El problema mexicano se repitió, con variantes, en prácticamente todo el resto de la América española. Al desplomarse las estructuras del imperio, ninguna de sus partes contó con los requisitos materiales o de otra índole para dar forma a un Estado nacional moderno. En toda Hispanoamérica la “cuestión regional” se volvió un asunto para resolver, y con mucha frecuencia un asunto de vida o muerte.

En México, las fuerzas centrífugas llevaron a la separación de la gran provincia de Texas, que se consolidó como resultado de la guerra entre México y los Estados Unidos. En esta guerra (uno de los momentos más difíciles para México en el siglo XIX) no todos los estados de la República dieron su apoyo al gobierno central; algunos fueron meros espectadores de la derrota mexicana, justamente porque valoraron más los intereses regionales que los supuestamente nacionales. Casi inmediatamente después del conflicto con Estados Unidos, la guerra de castas en Yucatán llevó a la élite criolla de esa península a buscar su salvación en la protección de Estados Unidos o de Europa. Esta decisión no tuvo consecuencias reales, pero en otras circunstancias bien pudiera haber terminado en la separación definitiva de la lejana Yucatán.



El proyecto liberal y sus consecuencias

La guerra de reforma y la derrota del proyecto imperial de Francia, los conservadores y Maximiliano de Habsburgo, abrieron por fin las puertas a la ejecución del proyecto nacional del grupo liberal. Rápidamente las masas salieron de la escena política (de todos modos, no habían entrado de manera tan completa como lo habían hecho al inicio de la guerra de independencia) y el gobierno central —comprometido con el federalismo y la división de poderes, pero con una vocación presidencialista innegable— empezó el difícil, accidentado pero irreversible proceso de imposición del proyecto nacional por sobre los intereses y resistencia de los caciques y grupos de poder locales. El fusilamiento por los liberales del “hombre fuerte” de Nuevo León, Santiago Vidaurri, se puede tomar como símbolo de la determinación presidencial de amoldar y subordinar los intereses políticos locales a los nacionales.

La creación del Estado nacional que pretendían los liberales, dependía no sólo de su voluntad política y capacidad para frenar e invertir las tendencias centrífugas alimentadas por decenios de lucha civil y anarquía, sino también de las posibilidades de crear las bases materiales del nuevo Estado.

En 1867 la base social de México seguía siendo indígena y, por lo tanto, muy alejada de las prácticas políticas liberales. De los casi ocho millones de habitantes que poblaban México entonces, la mitad o quizá más, podían considerarse indígenas, es decir campesinos sin conciencia nacional, que hablaban numerosas lenguas, pero apenas conocían el español, que vivían en pequeñas comunidades, parcialmente dependientes de una economía de subsistencia, pero también proveedores de mano de obra para lo que había de economía de mercado (haciendas y minas, principalmente). El segundo grupo en importancia numérica eran los mestizos, habitantes de los grandes pueblos y ciudades, que llenaban las filas de los artesanos, los pequeños comerciantes, los burócratas, el ejército y varios altos puestos políticos. En la cúspide de la pirámide se encontraban los criollos, que además de ocupar altos puestos políticos y militares, formaban el grueso de los grandes propietarios y comerciantes. Finalmente, un reducido grupo de extranjeros participaba en la dirección de la débil economía moderna y, por lo tanto, de la forma de vida de los criollos.

Esta estructura social racial-clasista había dado como resultado una notable fragmentación de la sociedad mexicana que era el caldo de cultivo del regionalismo. Prácticamente todos los líderes políti-

cos nacionales de la época —liberales o conservadores— lamentaban el atraso de la economía y sociedad mexicanas, pero sabían que era difícil superarlas en el corto plazo. Teóricamente la inmigración y la educación eran dos de las soluciones para dar contenido al proyecto nacional, pero ninguna realmente se puso en práctica. La economía, que hubiera podido actuar como un agente dinámico del cambio social, carecía de dinamismo. El ingreso nacional era entonces menor que a principios del siglo (10% menos). La minería, el lazo principal con el mercado mundial, aún resentía los estragos causados por la guerra de independencia y las constantes luchas internas que habían precedido al triunfo liberal.

Desde la perspectiva cultural, la fragmentación y heterogeneidad social de México, aunadas al regionalismo, fueron obstáculos formidables para crear una conciencia nacional efectiva. Los símbolos que antaño habían unido a los habitantes de la Nueva España, habían desaparecido o habían perdido fuerza, en particular la Corona y la Iglesia católica. Para la mayoría de los habitantes del México de mediados del siglo XIX, los símbolos con que los líderes liberales pretendían remplazar a los antiguos —derechos del hombre, ciudadanía, democracia, nación, progreso, etc.— carecían de significado. Las lealtades básicas del mexicano común al iniciarse la segunda mitad del siglo XIX eran, además de la religión católica, las que tenían hacia la comunidad local y la región.

Los triunfadores de 1867 intentaron resolver el problema de la creación del Estado nacional mexicano, combinando el liberalismo económico con el autori-

tarismo político. Uno de los líderes de ese proceso lo justificó al principiar el siglo XX: fue necesario posponer el desarrollo político para crear las bases materiales en que sostenerlo.

El periodo dominado por la figura de Juárez (1867-1872) se caracterizó por la lucha constante entre el ejecutivo y los otros dos poderes federales, más el conflicto entre el centro y los caciques locales. El periodo dominado por Porfirio Díaz (1876-1880 y 1884-1911) vio el triunfo definitivo y total de la presidencia sobre los poderes legislativo y judicial, y del gobierno federal sobre los gobiernos de los estados y las fuerzas regionales. En los estados también tuvo lugar la subordinación de las legislaturas, aparatos judiciales y los “hombres fuertes” locales en favor de los gobernadores. La Constitución liberal, democrática y federalista de 1857 se mantuvo vigente, pero antes de que terminara el siglo XIX era casi mera forma vacía de contenido.[...]

La revolución

La destrucción dramática y rápida de la dictadura de Díaz en mayo de 1911, fecha en que el viejo dictador renunció al poder obligado por el triunfo de las fuerzas revolucionarias, se debió en gran parte a la incapacidad del régimen de transformar sus estructuras para acomodar a nuevos actores políticos y al estallido de viejos rencores de las oligarquías locales. Efectivamente,

Intramuros

Simposio “Presente y perspectivas de la lingüística computacional en México”

Del 24 al 26 de noviembre se efectuó en El Colegio de México el simposio de la Asociación Mexicana de Lingüística Aplicada, A.C. sobre “Presente y perspectivas de la lingüística computacional en México”, que organizó junto con la Unidad de Cómputo y el Diccionario del Español de México. Durante este primer encuentro de lingüistas y especia-

listas en computación se presentaron 16 ponencias, dos conferencias introductorias sobre lenguajes de programación y procesadores de palabras, y dos sesiones informativas sobre sendos bancos de datos existentes en El Colegio: el de terminología de la Comunidad Europea (Eurodicautom) y el del español mexicano contemporáneo del Diccionario del Español de México.

Aun cuando el tema de la lingüística computacional es todavía extraño en el medio universitario mexicano, su interés es innegable sobre todo por el papel que esta rama del conocimiento puede tener en el futuro, tanto de la investiga-

ción científica como del adelanto tecnológico. De ahí que las ponencias presentadas, que se caracterizaron por ser sobre *resultados* de investigación, tuvieran el doble atractivo de abrir campos de estudio y de exponer problemas de conceptualización y de técnicas de trabajo casi desconocidos. Se trataron especialmente cuatro áreas de la lingüística computacional: la del análisis de las lenguas naturales —fundamentalmente del español, sobre el cual la Unidad de Cómputo y el DEM han tenido experiencias exitosas—, la del estudio estadístico de las lenguas, la de la inteligencia artificial, orientada so-

la notable modernización económica creó una clase media para la cual no hubo lugar en el arreglo político porfirista, como tampoco lo hubo para la clase obrera que empezaba a surgir a la sombra de ferrocarriles, minas, fundiciones y fábricas textiles. Ni qué decir que el campesino o el pequeño propietario no tuvieron ningún tipo de representación. Dentro de la oligarquía misma hubo sectores descontentos, porque sólo un puñado de favoritos —especialmente aquellos del llamado grupo “científico”, cuya cabeza era el secretario de Hacienda— monopolizaron los puestos del poder. La renovación de las élites brilló por su ausencia en la dictadura porfirista, que en realidad era una verdadera gerontocracia.

La Revolución mexicana de 1910 se inició casi exclusivamente como un movimiento que reivindicaba los derechos políticos destruidos por la dictadura. No fue accidente que su líder, Francisco I. Madero, fuera hijo de una familia muy poderosa de Coahuila y que sentía que el presidente Díaz le había negado el reconocimiento político que merecía. Es por el carácter de clase alta y media del liderazgo que las demandas iniciales de la Revolución se concentraron en cambios políticos, no en la estructura social. El carácter regional del movimiento se hizo evidente desde el principio, al grado que en la historiografía actual mexicana se habla no de una revolución, sino de varias, que ocurrieron simultáneamente.

Las “revoluciones” de la Revolución mexicana llevaron a la desintegración total del antiguo sistema político. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurrió después de consumada la independencia, esta vez no

hubo el peligro de una destrucción parcial o total del Estado nacional. El porfiriato había logrado establecer y consolidar los requisitos mínimos para que México pudiera capear la tormenta revolucionaria sin que los regionalismos que afloraron se transformaran en movimientos de secesión.

La guerra civil iniciada en 1910 duró diez largos años, al cabo de los cuales México tenía ante sí un sombrío panorama de destrucción, pero también una nueva Constitución, un nuevo ejército y una nueva legitimidad, que sirvieron como base para iniciar la organización de la sociedad civil que desembocó en un nuevo régimen. A la larga, los sindicatos y las ligas campesinas se convirtieron en poderosas fuentes de poder y en instrumentos de disolución de las autonomías locales que florecieron con la Revolución.

Para cualquier observador de los acontecimientos mexicanos, el aspecto dominante a partir de 1913 fue la fragmentación política de México. Demandas, intereses y culturas diferentes chocaron una y otra vez con gran ferocidad. Los ejércitos norteros tuvieron pocas simpatías por los revolucionarios del sur pese a ser ambos de extracción popular. En Chihuahua, por ejemplo, la demanda por la tierra era relativamente débil, pero en Morelos, con densidad demográfica muy diferente, era el motor principal de la lucha. Al final, la fuerza política encabezada por Venustiano Carranza y la militar por Alvaro Obregón, se impusieron sobre sus rivales, y aunque su control sobre el país nunca fue total, pudo echar las bases de una hegemonía que dura hasta nuestros días.

A partir del triunfo del movimiento de Agua Prie-

bre todo a la comprensión de la lengua natural, y la de algunos lenguajes de programación que se especializan en el manejo de datos lingüísticos. Cada ponencia duró 45 minutos y hubo tiempo suficiente para discutirlos posteriormente. Al final, todos los participantes se reunieron en una mesa redonda sobre las “perspectivas” de la lingüística computacional en México, de la cual se podría concluir lo siguiente: a) que la lingüística computacional se ha desarrollado en México de una manera casuística y sin la necesaria comprensión de las instituciones universitarias; b) que todavía se siguen repitiendo expe-

riencias extranjeras, en opinión de algunos como parte necesaria de la formación de los estudiantes y, en la de otros, como efecto de cierta desorientación de la investigación, que no ha logrado fijarse objetivos de largo plazo ni de relación con la industria de la microelectrónica; c) que no se enseña ni se promueve la lingüística computacional en las universidades, por lo que los estudiantes no han llegado a verla como una posibilidad real de desarrollo; d) que hay importantes diferencias entre los especialistas en lingüística y en inteligencia artificial, en cuanto al papel de reconocimiento de la lengua natural: los

primeros abogan por sistemas perfeccionados de reconocimiento y los segundos por sistemas “semánticos” que obvian el paso por el reconocimiento de la lengua y atiendan más a una comprensión global del significado en cuanto posibilidades de razonamiento lógico y de acción “inteligente” de las computadoras. Del simposio surgieron varios proyectos de colaboración, acercamiento entre los diferentes grupos de especialistas y mayor reconocimiento de la importancia de la lingüística computacional.

Luis Fernando Lara

ta en 1920, la violencia desatada por la Revolución empezó a menguar, pero no desapareció en un par de decenios. En algunos momentos de la guerra cristera (1926-1929), la ferocidad de la lucha fue similar a la que hubo en los peores momentos del decenio anterior. Sin embargo, políticamente la característica de este periodo es la reconstrucción del poder central. Los años veinte fueron el momento de esplendor de los llamados “caciques revolucionarios”, hombres fuertes locales que, con el apoyo de ejércitos propios y organizaciones de masas, se transformaron en los verdaderos detentadores del poder. El gobierno federal más que controlarlos negociaba con ellos y en los momentos críticos dependía de ellos.

No obstante lo precario que parecía entonces el poder presidencial, el gobierno central fue echando las bases institucionales para ganar terreno frente a todas las otras fuerzas, locales o nacionales. El ejército federal se profesionalizó, se creó una red de estructuras económicas y legales (Banco de México, Comisión Nacional de Irrigación, Comisión Nacional de Caminos, Ley Federal del Trabajo, etc.), que permitieron la penetración más profunda del Estado en la sociedad civil y que, entre otras cosas, le servirían para destruir en el futuro, si no el caciquismo, sí su autonomía. Dentro de estas instituciones destaca, por sobre el resto, el Partido Nacional Revolucionario (PNR) que surgió en 1929. Este partido sería la gran innovación política del nuevo régimen, la maquinaria que sustituiría al poder personal de los caudillos y establecería una disciplina férrea sobre la clase política, sobre “la familia revolucionaria” y sus aliados. Se trata de un partido que nació no para luchar por el poder, sino para administrarlo sin compartirlo.

El pasado cercano

El proceso de centralización revolucionaria llegó a su punto culminante en el sexenio del presidente Lázaro Cárdenas. Fue éste el momento de gloria del populismo mexicano. La política de masas del cardenismo institucionalizó a obreros y campesinos organizados como actores políticos legítimos y centrales del nuevo sistema. Esta organización tuvo dos grandes centrales de carácter nacional: la Confederación Nacional Campesina (CNC) y la Confederación de Trabajadores de México (CTM). La reforma agraria y el apoyo abierto del gobierno a las demandas de los obreros hicieron que la lealtad de ambas organizaciones se centrara en la presidencia, pues de ella dependía, en gran medida,

el éxito o fracaso de sus acciones y demandas. Cárdenas usó estas organizaciones, el ejército y el partido oficial (el PNR se había transformado en Partido de la Revolución Mexicana) como arietes para la destrucción de todas aquellas fuerzas, locales o nacionales, que obstaculizaban la erección de la presidencia y el gobierno federal como fuentes principales y siempre decisivas de la vida política mexicana. El autoritarismo contemporáneo de México quedó establecido, en sus rasgos esenciales, al concluir el sexenio de Lázaro Cárdenas. Este autoritarismo reconoce y acepta los intereses locales pero sólo en la medida que no se contrapongan a la lógica y el proyecto político diseñado y puesto en práctica por el centro.

En 1940 resultó claro que ningún cacique ni gobernador podía subsistir contra los deseos del presidente (lo comprobaron en carne propia Saturnino Cedillo o Garrido Canabal). También fue obvio que ningún grupo empresarial, por fuerte que fuera localmente, podía poner en duda las directrices presidenciales, como quedó demostrado al concluir el enfrentamiento entre el presidente Cárdenas y los empresarios de Monterrey. Finalmente, la derrota política del general Juan Andrew Almazán, en 1940, dejó en claro que ningún general podría aspirar a contravenir los deseos presidenciales basándose en el control de algunas zonas militares y alianzas locales.

A partir de 1940, el centralismo mexicano no sufrió modificaciones sustantivas; simplemente se afinó y llegó hasta sus últimas consecuencias 40 años más tarde. Si algo positivo se puede decir de este proceso es que, frente a las heterogeneidades locales, frente a las insuficiencias materiales y las presiones externas creó y mantuvo el Estado nacional. Pero también cegó la democracia, la iniciativa local y trajo ineficiencias y distorsiones monstruosas, que hoy son más obstáculo que apoyo para el desarrollo sano del Estado mexicano. Ω



Descentralización y democracia en México, compilado por Blanca Torres, es uno de los más recientes títulos publicados con el sello de El Colegio. En esta obra se recogen once ensayos sobre la interrelación de dos de los temas de más amplia trascendencia para el México contemporáneo. Los textos fueron presentados como ponencias en una mesa redonda que se celebró en enero de 1986 para conmemorar los 25 años de la fundación del Centro de Estudios Internacionales de nuestra institución. Presentamos aquí el ensayo introductorio, de Lorenzo Meyer.

Historia Mexicana 138

Vol. XXXV, núm. 2,
octubre-diciembre de 1985

Virginia González Claverán, "Observaciones celestes en el México de 1791"; Clara E. Lida, "Inmigrantes españoles durante el porfiriato: problemas y temas"; Camille Guerin-González, "Repatriación de familias inmigrantes mexicanas durante la Gran Depresión"; Charles A. Hale, "El gran debate de libros de texto en 1880 y el krausismo en México"; Livia García de Rivera, "Breve historia del ingenio 'El modelo'"; Ernesto de la Torre Villar, "Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985) y su biografía antropológica e histórica". Testimonios: Eduardo Enríquez, "Evaristo Madero E., testamento".

Historia Mexicana 139

Vol. XXXV, núm. 3, enero-marzo de 1986

Pablo Escalante, "Un repertorio de actos rituales de los antiguos nahuas"; Alfonso Martínez Rosales, "El fundador del Carmen de San Luis Potosí, 1671-1732"; Estela Villalba, "El analfabetismo en los instrumentos notariales de la ciudad de México, 1836-1837"; Jacqueline Covo, "Le Trait d'Union, periódico francés de la ciudad de México, entre la Reforma y la Intervención"; Jean Meyer, "Haciendas y ranchos, peones y campesinos en el porfiriato. Algunas falacias estadísticas"; Xavier Noguez, "El doctor Donalci Robertson (1919-1948). Semblanza biobibliográfica".

Estudios Económicos

Vol. 1, núm. 2, julio-diciembre de 1986

Jeffrey Sachs, "Crédito internacional: aspectos teóricos"; Claudia Schatán, "Destino de las importaciones y política comercial en México (1975-1980)"; Santiago Levy, "Un modelo clásico de comercio internacional"; Pascual García Alba Iduñate, "Especificación de un sistema de demanda y su aplicación a México"; Julio Nogués, "Los casos de aranceles compensatorios de Estados Unidos en contra de México"; Saúl Trejo Reyes, "Deuda externa: una alternativa de solución".

Foro Internacional 105

Vol. XXVII, núm. 1,
julio-septiembre de 1986

Robert Pastor, "El gobierno de Reagan y América Latina: la búsqueda implacable de seguridad"; Humberto Garza Elizondo, "México y Canadá en el decenio de los ochenta"; James Cochrane, "Secretarios de Relaciones Exteriores y secretarios de Estado (1935-1985). Sus carreras y experiencias profesionales"; Isabel Turrent, "La Unión Soviética en América Latina: el caso de Brasil"; Ricardo Yocolevzky, "El Partido Socialista de Chile bajo la dictadura militar"; Marie-Claire Figueroa, "La inmigración intelectual española en México: una evaluación bibliográfica"; Juan Carlos Mercado, "Simulación y juegos: teoría y práctica de las relaciones internacionales".

Estudios de Asia y África 69

Vol. XXI, núm. 3, julio-septiembre de 1986

Arna Golán, "'Literatura femenina' en Israel"; Asunción Benítez Libero, "Infanticidio femenino en China"; Mere Kiseka, "El papel de la mujer en el desarrollo socioeconómico. El caso de Nigeria y de Uganda"; Russell Maeth Ch., "Imagen de la mujer en la China medieval: siete vislumbres desde el margen"; Varios, "La mujer en la industria en Asia y África"; Ding Ling, "Cuando estuve en el pueblo de Xia".

El Colegio de México
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
Teléfono 568-6033
Telex 1777585 COLME
Cable COLMEX

Presidente

Prof. Mario Ojeda Gómez

Secretario General

Lic. Alfonso Rangel Guerra

Coordinador General Académico

Dr. Lorenzo Meyer Cosío

Secretario Adjunto "A"

Lic. Alberto Palma

Secretario Adjunto "B"

Lic. Humberto Dardón

Jefe de Publicaciones

Sr. José Antonio Valadez

Boletín Editorial

Redacción: Ángel Miquel

Diseño: Mónica Díez Martínez

Formación: Ezequiel de la Rosa

Tipografía: Inés Segovia

Impresión: Programas Educativos S.A.

FORO INTERNACIONAL 106

Publicación trimestral de El Colegio de México

El gobierno de Carter y América Latina: principios a prueba *Robert A. Pastor*

La ley federal de entidades paraestatales: un nuevo intento para regular el sector paraestatal *María del Carmen Pardo*

La política y los empresarios después de la nacionalización bancaria *Rogelio Hernández Rodríguez*

Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo *Sergio Aguayo y Laura O'Dogherty*

La lucha contra la proliferación de armas nucleares *Bernardo Mabire*

Si desea suscribirse, favor de enviar este cupón a El Colegio de México, A.C., Departamento de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D.F.

FORO INTERNACIONAL

Adjunto cheque o giro bancario

núm. _____ por la cantidad de _____ a nombre de El Colegio de México, A.C., importe de mi suscripción por un año a Foro Internacional

Nombre _____

Dirección _____

Código Postal _____

Ciudad _____

Estado _____

País _____

Suscripción anual

México: 3 300 pesos

E.U.A., Canadá, Centroamérica y

Sudamérica: 25 U.S. dólares

Otros países: 34 U.S. dólares

Precio del ejemplar:

1 050 pesos 8.75 U.S. dólares



PROGRAMAS EN VIVO

lunes "E SPACIO UNIVERSITARIO"
8:30 horas Entrevista a destacadas personalidades analizando interesantes experiencias en el campo de la ciencia, arte y cultura. Coordinador: Jaime Litvak

lunes "DEBATE DE ACTUALIDADES"
21:00 horas Espacio destinado a grandes temas de interés actual como son: literatura, política, sociología, psicología, economía. Conductor: Ricardo Méndez Silva

domingo "DOMINGO SIETE"
10:00 horas Tomás Mojarro sostendrá diálogo vivo por teléfono y micrófono abierto con nuestros radioescuchas, sobre cuestiones políticas, culturales, sociales y deportivas.

El público participa llamando a los teléfonos:
543 9617 y 523 3652
XEUN 860 KHz Amplitud Modulada
XEUN FM 96.1 MHz Frecuencia Modulada Estereofónica
XEYU 9600 KHz Onda Corta, Banda Internacional de 31 mts.

NOTICIARIO

Información Nacional e Internacional con Llamadas de Corresponsales Mexicanos y Extranjeros
Secciones Culturales, Educativas y Científicas
Enlace con las Estaciones Culturales de la República Mexicana

LUNES A DOMINGO DE 8 A 10 HRS.
LUNES A VIERNES: 14:30 Y 21 HRS.



SOP

KEEP

1060 KHZ. AM.

XEPPM 6185 KHZ. ONDA CORTA

RADIO EDUCACION

JAN 10 88